

## INTRODUCCIÓN

### ¿DEMASIADO PARA NOSOTROS? EXPLICACIÓN DE UNA LARGA HISTORIA

Empecé a pensar y escribir este libro, creo, hacia 1969, coincidiendo con la proyección —algo silenciosamente polémica— en el festival de Valladolid de *Simón del desierto* (1964/5) y *La Voie Lactée* (1968/9), y he venido haciendo ambas cosas, con múltiples interrupciones, dudas, desistimientos, revisiones, abandonos, desánimos e incidencias varias, desde entonces. No se entienda que llevo más de 55 años escribiéndolo, pero no sería inexacto decir que llevo todo ese tiempo dándole vueltas, revisitando una y otra vez las películas de Luis Buñuel, cambiando (no mucho, acaso marginalmente) de opinión sobre algunas de ellas, y pensando...

Hubo en varias ocasiones momentos en los que decidí no continuar el libro empezado, y en parte sustancial escrito y reescrito entre 1969 y 1983, cuyo original y copia estuvieron durante años perdidos y luego, mucho después, fueron encontrados. También me desanimaba ver, en algunas librerías, que cada vez que miraba se había incrementado la parte de estanterías ocupada por nuevos libros sobre Buñuel, a menudo muy gruesos. Hasta llegó un día en el que pensé que ya no era un libro indispensable ni siquiera para mí, pues por fin existían tres —más algunos artículos

de gente como Víctor Erice, Paulino Viota o Xavier Bermúdez, curiosamente directores— de cuya suma podía extraerse lo que a mi entender sería un retrato fiel del cine de Buñuel. Me refiero a *Buñuel por Buñuel (Conversaciones con Luis Buñuel)* de Tomás Pérez Turrent & José de la Colina (Plot, 1993), *Luis Buñuel, novela* de Max Aub (Cuadernos del Vigía, 2013)\* y, sobre todo, *Buñuel despierta* (Oportet, 2016), traducción de *Le Réveil de Buñuel* (2011) de Jean-Claude Carrière.

Cuando se me metió en la cabeza escribir las primeras partes de lo que sigue, tenía, creo ahora, la osadía de los veinteañeros de finales de los 60 del pasado siglo XX. En la actualidad, me parece que ese texto, que aún hoy suscribo prácticamente en su totalidad, pecaba de presuntuosidad y, aún peor, podría parecer insultante o resultar ofensivo tanto por mención como por omisión. Que mi visión de Buñuel no coincidiera (y siga sin hacerlo) con la de la mayor parte tanto de sus exégetas como de sus detractores no me hace creerme en posesión de la verdad. Como el propio Buñuel muestra repetidamente en sus diálogos con Tomás Pérez Turrent y José de la Colina, pese a ser contrario al simbolismo, y por tanto a algunas interpretaciones que encontraba ajenas por completo a sus intenciones, se mostraba dispuesto, hasta con cierto grado de curiosidad, a escuchar otras visiones de su obra y aceptarlas como un derecho de cada espectador, aunque dejara

---

\*. Con posterioridad ha sido publicada una versión íntegra y corregida de este proyecto inacabado: Jordi Xifra (ed.), *Max Aub/ Buñuel. Todas las conversaciones*, 2 vols., I. *El hombre*, II. *El artista*, PUZ, Zaragoza, 2020.

claro que no las compartía o que las encontraba muy dudosas. Así que no voy a ser más papista que el Papa y negar todas las versiones de Buñuel que no coincidan (a veces realmente en nada) con la mía, porque estaría desacreditando *a priori* la que propongo. Y como no soy nada «canónico» ni «normativo», no se me ocurre pretender que mi modo de entender a Buñuel sea el único acertado o válido, ni el mejor, sino uno más, otro más, simplemente el mío (y no tengo otro), con el que tal vez algún espectador y lector se pueda sentir más próximo.

Sobre Luis Buñuel se ha escrito mucho, probablemente más de la cuenta. Creo haber leído la mayor parte —al menos, la más famosa y accesible— de la copiosa bibliografía supuestamente dedicada al cineasta, y he tratado de repasarla antes de arrostrar el peligro —para mí y para mis hipotéticos lectores— de añadir una losa más a tan voluminosa y pesada pila de libros y artículos, sin conseguir hallar, en tantas páginas —excepción hecha del puñado de títulos arriba mencionados—, uno que me ilumine, que me enseñe —o recuerde siquiera— algo que sea cierto y a la vez interesante acerca del cine de Buñuel.

En lugar de aproximarnos a su figura o guiarnos a través del frecuente arcano de sus películas, sus exégetas han tendido a servirse de él como pretexto y de su obra como excusa para divagar, raramente con gracia, sobre una porción de temas a menudo tan ajenos a Buñuel como al cine en general o incluso al arte. De ahí la escandalosa inutilidad de casi todo lo que sobre sus películas más famosas y su visión del mundo se ha dicho.

Con esto, como dije, no quiero decretar presuntuosamente que anteriores libros sobre Buñuel sean peores que éste, ni justificar de antemano su probable insuficiencia o pobreza con el pretexto de que, a fin de cuentas, tampoco los demás eran muy brillantes. Acometo la empresa de escribir otro libro sobre Luis Buñuel, uno más, con ánimo de *kamikaze*: no tengo razón para pensar que lo que yo acierte a decir merezca ser leído ni tenido en cuenta, y lamentaría lo indecible ampliar aún más la dilatada sarta de sandeces, falsedades o nimiedades obvias que se han vertido ya a cuento —que no «a propósito»— de Buñuel.

Voy a procurar, en consecuencia, ser tan breve como me sea posible; de ese modo, confío en que no sean muchas las tonterías que añada ni excesivo el tiempo que haga malgastar a quien se aventure a leerme. Trataré, además, de no repetir nuevamente lo que todo el mundo sabe acerca de Buñuel antes de ver una sola de sus creaciones, ni la abundante información puesta a disposición, en primer lugar por J. Francisco Aranda (en *Luis Buñuel. Biografía crítica*, Lumen, 1973), de los que quieran detalles de la vida y las andanzas de Don Luis.

Como no soy partidario de las definiciones negativas, voy a intentar fijar mis objetivos. En primer lugar, que el divertido cineasta que motiva estas páginas no se hubiera partido de risa —cosa que seguro le sucedió a menudo— ni muerto de aburrimiento o hubiera creído que estaba hablando de otra persona si este librito hubiera caído en sus manos cuando aún vivía. En segundo término, quisiera ser tan claro y preciso como

esté a mi alcance, y rehuir los excesos interpretativos de los que tan asiduamente han sido víctimas propiciatorias los films de Buñuel. Como, al mismo tiempo, me propongo eludir, en lo posible, los tópicos más manidos —por exactos o veraces que sean—, advierto que no voy a contar la vida de Buñuel, ni a disertar sobre su «españolidad»; no perderé un tiempo y un espacio que deseo escasos en compendiar una «introducción al surrealismo» ni en darme un paseo retórico por Calanda —a donde nunca iré en peregrinación y que nunca he pisado— a fin de especular acerca de las concomitancias que quepa establecer entre su hijo más famoso y otros artistas —de Francisco de Goya a Carlos Saura— nacidos en tierras de Aragón. Voy, pues, a limitar mi atención a lo que de verdad me importa de Buñuel: sus películas; para ser exacto desde el principio, las que he visto: todas, incluso las que meramente «supervisó» —no ha llegado a esclarecerse en qué medida— en España durante la II República.

De este modo, espero conseguir mi tercer objetivo: despejar ciertos malentendidos —no siempre involuntarios— y, si hay suerte, contribuir a que algún lector comprenda un poco mejor el cine de Luis Buñuel; no por lo que pueda yo explicarle, sino porque lo que diga —equivocado o no, discutible en cualquier caso— acierte a estimularle a pensar por su cuenta, en la dirección que yo señale o en la opuesta, acerca de las películas de Buñuel que conozca, que vea de nuevo o por vez primera en el futuro.

No pido, por consiguiente, crédito alguno para mis afirmaciones; cuanto más simples y tajantes, más deben

invitar a la desconfianza y al examen crítico. Que yo lo piense no significa que sea cierto; tampoco necesariamente que sea falso. Cada cual debe dedicar el tiempo que le parezca oportuno a analizar la obra de los cineastas que despierten su interés, sin que la mera acumulación de horas presuponga una posición de ventaja o superioridad: hay gente que ve en un segundo, a primera vista, más que otras personas tras años de estudios microscópicos.

Sé que desde ciertas parcelas se descalificará *a priori* y globalmente este libro, por bien que salga, aduciendo —aunque las causas sean otras, si las hay— la *falta de método* con que está hecho. Pienso que, si hasta en la locura de Hamlet había método, tal vez sea más valioso tratar de ver sin anteojeras y procurar que le lean a uno sin necesidad de recurrir al diccionario (francés).

Creo también que no hay que dejar que sean siempre *ellos* los que inventen; tras tantos «Bunueles» imaginados por franceses o ingleses, ya es hora de que los españoles recuperemos, sin excesivos respetos, la figura de la que —primero unos, luego algunos de sus pretendidos oponentes— siempre trataron de privarnos, tal vez por creer que era la única que valía la pena.

Lamentaré, por último, que el que me ocupe yo de escribir este libro dificulte que hagan lo propio dos o tres amigos que dirían otras cosas, para mí más interesantes, acerca de Buñuel, pero de eso tienen más culpa los cinéfilos de este país —poco lectores, según me dicen— que los editores.

## OTRO LUIS BUÑUEL

¿Cómo, otro Luis Buñuel? ¿Todavía uno más? Sí, otro que añadir a la montaña de libros —no digamos ensayos, tesis y tesinas, artículos, panfletos, loas, glosas, ditirambos, manifiestos, poemas, proclamas, críticas, reseñas, interpretaciones, arengas, extrapolaciones, noticias, leyendas, anécdotas, fábulas, narraciones apócrifas, mitos, delirios y divagaciones— acerca de su obra y su persona o que las toman como pretexto, punto de partida y trampolín, a veces coartada.

Desde hace mucho y sin apenas interrupción, casi todos los años —sin apenas dar respiro— se publica un libro más «sobre» Buñuel en algún lugar del mundo. Es, sin duda, el autor cinematográfico —con Orson Welles, Charlie Chaplin (más como actor que como director), John Ford, Alfred Hitchcock y tal vez Sergei M. Eisenstein y Jean-Luc Godard— que ha suscitado una más vasta bibliografía (que se vería caudalosa y agobiantemente acrecentada, como era de temer, durante el año 2000, con ocasión del centenario de su nacimiento).

Pero es también *otro* Buñuel. Un Buñuel que, inevitablemente, y sin que yo me lo proponga en absoluto como meta, será distinto de los demás. Aseguro al lector que, si existiera algún libro *sobre* Buñuel que encontrase plenamente satisfactorio, en el que viese suficientemente reflejado y explicado lo que pienso de su cine y las impresiones y sentimientos que me

procuran sus películas, no tendría ocasión de sostener éste en sus manos. No le hubiese dedicado la reflexión y el trabajo que supone ni el escaso tiempo libre del que dispongo simplemente para añadir uno más al montón, cada vez más inabarcable (e incluso económicamente inasequible), si ya hubiese alguno que me pareciese siquiera en buena parte convincente y razonable, es decir, que diese cuenta *también* de los aspectos joviales, bromistas, chistosos, jocosos, divertidos de su obra, y no se concentrase exclusivamente en el lado más culturalmente «trascendente» o al menos «respetable» (o «provocador», que viene a ser lo mismo, desde otra perspectiva) de su visión del mundo, con lo que automáticamente se minimiza uno de sus rasgos para mí fundamentales y se le priva *a posteriori* (anulándola) del arma más poderosa de la que se sirvió durante toda su carrera, mutilando las películas de una forma más grave y duradera que cualquiera de las censuras que se intentaron cebar con algunas de ellas; o que no se sirviera de Buñuel como mero pretexto para otro tipo de disquisiciones, o que no fuera excesivamente esquemático, o que, simplemente, me divirtiera leer, a pesar de que pueda suministrar alguna información no del todo ociosa o contener algunas ideas interesantes y hasta excepcionalmente certeras.

Por desgracia para mí, no es precisamente eso lo que sucede, sino más bien, mayoritariamente, algo bien distinto, por no decir lo contrario, y si finalmente lo escribo, después de muchas dudas y abandonos temporales, es para dar una visión más, la mía —subjetiva, *como todas*, aunque basada y fundamentada principal

y casi exclusivamente *en sus películas*, vistas todas ellas en multitud de ocasiones en el curso del tiempo, y revisadas varias veces más recientemente, tanto en orden cronológico como en el desorden en apariencia caprichoso que dictan las asociaciones de ideas o de imágenes—, de su cine, que a lo mejor —vaya usted a saber— se acerca un poco más a la de algún otro lector, al menos en parte, o le sugiere a alguien cosas que otros habían pasado por alto o de las que ese u otro lector, en cuanto espectador, no se había percatado. Es, sin duda, una motivación insuficiente. Y que no era una tarea urgente, ni siquiera para mí. Buñuel, ciertamente, no precisa de abogados defensores ni de exégetas; más bien le sobrarían, y algunos le han supuesto una pesada carga, lo mismo que las legiones de autoproclamados «discípulos» que, copiándole algún detalle superficial y anecdótico, han tratado así de atraer la atención de la crítica o de ganarse mediante ese «guiño de complicidad» la adhesión ideológica de una parte de los críticos y espectadores, al menos los que admiran a Buñuel.

Por eso, quizá echen de menos otras actividades de Buñuel de las que he prescindido, como sus críticas de cine, algunos poemas, otros escritos o sus notables fotografías (*México fotografiado por Luis Buñuel*, Filмотека Española-Centro Buñuel de Calanda, 2008). Tampoco he creído suficientemente interesante comentar algunos proyectos no realizados: de la excelente novela de Matthew G. Lewis *The Monk* (El monje), tras dos tentativas fallidas, en décadas anteriores, llegó a escribir un guión con Jean-Claude Carrière

que cedió a Adonis (Ado) Kyrrou, quien, a partir del cual, con otros colaboradores, finalmente realizó una película, *Le Moine* (1972), con Franco Nero, Nathalie Delon, Nicol Williamson y Nadja Tiller, que me parece un auténtico y nada buñueliano desastre (también me lo parece, ya sin base buñueliana, la versión de *Le Moine* dirigida en 2011 por Dominik Moll). Buñuel también acarició la idea de hacer una película a partir de *Là-bas* de J.-K. Huysmans, pero, aparte de que la figura histórica de Gilles de Rais me parezca muy poco emparentable con los personajes más característicos de Buñuel, me temo que adaptar esa novela pudiera desembocar en un tipo de estructura acumulativa parecida a la de *La Voie Lactée*. En consecuencia, no encuentro deplorable que no lograra realizar esos dos proyectos, y en cambio celebro que consiguiera adaptar *Wuthering Heights* (Cumbres borrascosas) de Emily Brontë en los años 50 y no en los 30, aunque fuese en México y no en Europa.

Buñuel es, evidentemente, uno de los cineastas más famosos, elogiados, celebrados y exaltados a la gloria de toda la Historia del Cine, y así ha sido siempre, pese a recibir también, desde sus primeras incursiones en el medio hasta las últimas, algunos ataques hoy olvidados y que se nos antojan risibles, cuando no inverosímiles. Con algún que otro eclipse temporal —entre 1930 y 1950 se le consideró una figura perteneciente al pasado, y probablemente sin futuro, pero no se le olvidó—, lo cierto es que Buñuel, además, ha logrado mantenerse en la cima de las «cotizaciones» de críticos, historiadores, aficionados, cineastas y artistas en

general del mundo entero. Y no digamos de los profanos o los que desprecian habitualmente el cine: estos *dilettanti* suelen salvar de la quema a unos pocos cineastas, y entre ellos Buñuel ha ocupado siempre un lugar privilegiado. Que así haya sucedido no deja de ser extraño, ya que poco se esforzó Buñuel por conseguirlo, y se debe, sin duda, a una serie de malentendidos, muchos de ellos perpetuados y cultivados perezosa o interesadamente por los autoproclamados administradores de su legado.

Pese a no pocos ataques sesgados y apriorísticos por parte de intolerantes de variados pelajes —que, sin duda, a veces provocaron la hilaridad de Buñuel, aunque en alguna ocasión le dolieran o le perjudicasen personal o profesionalmente—, dirigidos más a su figura pública o a lo que se suponía que representaba que a las películas concretas (que no solían molestarse en ver, y que verosímilmente no hubiesen entendido), y a ciertas reticencias por parte de otros —en general motivadas, sospecho, más que por el propio cine de Buñuel, por su reputación, por otros prejuicios basados en la imagen que de él hacían circular algunos, si no la mayoría, de sus partidarios y exégetas—, es evidente que hoy no es preciso vindicar su figura ni hay nadie, creo, a quien aún sea posible hacer el favor de «descubrírsele» o «revelársele» como uno de los más grandes cineastas, sin que ello signifique, desgraciadamente, que sea un cineasta de verdad conocido y entendido cabalmente, sino más bien que «se da por supuesto».

Es más que probable que las celebraciones del ya distante año 2000 produjeran tal saturación de loas

fúnebres que nos dejaran ahítos y «vacunados» de Buñuel para una temporada, si es que no consiguieron sepultarlo definitivamente en un lujoso mausoleo de papel *couché* e iconografía fetichista, como algunos de sus más advenedizos cantores de última hora parecen, en el fondo, haberse propuesto. Es posible que hasta sus películas más modestas y antaño recónditas —cuando no invisibles, escandalosas o prohibidas— se hayan programado reiteradamente hasta causar hastío en todas y cada una de las cadenas de televisión, públicas y privadas, abiertas o codificadas, gratuitas o de pago, así como que, con unas cuantas excepciones, estén disponibles en vídeo y en sus sucesivos reemplazos tecnológicamente más avanzados (Laser Disc, DVD, Blu-ray) o en diversas «plataformas», es decir, a disposición de todo aquel que quiera formarse una opinión por su cuenta. Lo cual, por lo demás, no parece lo más frecuente.

A pesar de todo ello, y de los ríos de tinta vertidos —se diría que siempre a punto de desbordarse y derramarse— acerca de su vida, su cine, sus proyectos no realizados, sus amistades y conocidos, sus escritos y sus otras actividades más o menos marginales, y su muy peculiar carácter, que sin duda habrán obligado indirectamente a talar bosques enteros, mucho me temo que no se pueda contar a Don Luis Buñuel entre los directores de cine mejor comprendidos ni entre los más fiel y rigurosamente analizados.

Para empezar, siento decir que la mayoría de sus exégetas ajenos a la cultura hispánica —y son legión, y a menudo muy ilustres, incluso muy certeros en otras ocasiones o a propósito de otros cineastas— apenas se

han enterado, o, a lo sumo, «de la misa la media», según reza la expresión popular, y eso sin descontar del saldo los malentendidos, las caricaturas y las interpretaciones sencillamente disparatadas, con las que sería posible y regocijante —aunque, sin duda, tan cruel como poco productivo— engarzar un voluminoso florilegio de despropósitos que resultaría francamente hilarante, cuando no alucinógeno o, según el humor de que estuviésemos al echarle un vistazo, para echarse a llorar.

En el caso de los anglosajones, se atraviesan a veces reacciones históricas hacia los aspectos más «políticamente incorrectos» o menos «civilizados» del cine de Buñuel (animales, tullidos, ciegos malvados, acosos sexuales impunes, ciertas bromas improcedentes, pobres inmisericordes o perversos, trabajadores insolidarios, conductas inadmisibles, actitudes machistas, ausencia total de finales optimistas o esperanzadores, irreverencias varias), que compensan su menor predisposición a escandalizarse por sus supuestas blasfemias, a las que son más susceptibles, en cambio, los católicos preconciarios.

En el de los franceses, aparte de su tradicional propensión a apropiarse de todo lo que huele a grandeza y ponga pie en su territorio —y hay que reconocer que Buñuel hizo bastante más que eso, y que siempre debió su prestigio a la capacidad de promoción de que hacen gala los franceses—, habría que recorrer sus escritos con un cedazo, para filtrar tanto los errores derivados de su desconocimiento casi total de lo español como sus excesos interpretativos —freudianos, foucaultianos o lacanianos, tanto da—, y es preciso lamentar que siempre hayan tendido a minimizar